EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

LA PEQUEÑA JONNA
KIRSTEN THORUP

TRADUCCIÓN DE BLANCA ORTIZ OSTALÉ

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2015
TÍTULO ORIGINAL: *Lille Jonna*

Co-funded by the
Creative Europe Programme
of the European Union

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea.
Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es
responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

© Kirsten Thorup & Gyldendal, Copenhagen, 1977
Published by agreement with Gyldendal Group Agency
© de la traducción, Blanca Ortiz Ostalé, 2015
© Errata naturae editores, 2015
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-91-6
DEPÓSITO LEGAL: M-12033-2015
CÓDIGO BIC: FA
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)
ILUSTRACIÓN DE PORTADA: A. C. Photo Collection
MAQUETACIÓN: María O'Shea
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Índice

UN PIOJO ENTRE DOS UÑAS 7
LA DEBACLE TOTAL 35
EL REALOJO, 1953 65
NADIE CONOCE EL DÍA 93
MI PADRE LLEGA DE NOCHE 111
LA PRIMERA FOTO 125
LA LIMPIEZA DE LOS JUEVES 139
CARTA DE NUEVA ZELANDA 153
CONVERSACIÓN EN LA CASA PARROQUIAL 167
LA CONFIRMACIÓN DE JOHN. MARZO DE 1954 183
EL INSTITUTO 227
EN DAMGÅRD 249
EL SECRETO DE MARIE 269
BAILE EN LA FONDA 289

Cuando yo tenía diez años, mi hermano mayor tenía veintiuno. Lo quería a rabiar. Y por las noches, si pasaba miedo, me escabullía hasta su cama. Sobre todo después de ver una de esas películas prohibidas a los niños. Luego me entraban remordimientos y creía que el miedo a todas aquellas cosas horribles que acababa de ver era el castigo natural a mi violación de la ley. Él se arrimaba a la pared para dejarme sitio, pero más allá de eso no daba señal alguna de haberse percatado de mi presencia. Dormía apaciblemente y no se movía en toda la noche. Se acostaba de lado, de cara a la pared, como un enorme animal abatido. A menudo yo deseaba que me incluyera en su sueño, colarme del otro lado, en el hueco que se abría entre su cuerpo y la pared. Mi hermano tenía una espalda increíblemente ancha y cuadrada, como un muro ciego. No me atrevía a tocarla. Temía molestarlo o despertarlo sin querer. Me quedaba boca arriba, rígida como un tablón, y observaba el techo. Me maravillaba su indiferencia ante la aparición de otra persona en su cama. Y que, ni siquiera en sueños, me rozara con la rodilla, el dedo gordo del pie o el brazo. Tanto que me obligaba a mí misma a permanecer despierta, vigilándolo. Él seguía inmóvil

en la misma postura hasta despuntar el alba. No creo ni que soñara.

Después de noches como aquéllas amanecía agotada. Aun así, tan pronto como oía su despertador me levantaba de un salto y me acurrucaba en mi cama, bien escondida debajo del edredón. Me sentía como si hubiera dormido destapada toda la noche y sólo en ese momento me diera cuenta del frío que había pasado.

Mi hermano dejaba sonar el despertador hasta que se apagaba. Luego daba media vuelta y se quedaba echado con los ojos abiertos. Tenía el semblante tranquilo e inexpresivo. Yo lo estudiaba con tanto interés como a una criatura llegada de otro planeta. Todos y cada uno de sus gestos y sus acciones eran misteriosos e inexplicables, como si los dictaran leyes secretas.

De pronto se levantaba. Nadie habría dicho que acababa de despertarse. Tenía la piel tersa y la raya del pelo tan derechita como antes de acostarse. Yo sospechaba que, en realidad, sólo se hacía el dormido porque era lo que tocaba por las noches. Quería ser normal a toda costa y parecerse al resto del mundo. En una ocasión me dijo que se buscaba a sí mismo en los demás. No tenía muy claro qué significaba aquello, pero me enorgullecía ser merecedora de una confidencia tan importante. Por lo general no solía decir gran cosa, aparte de frases prácticas como: «Pásame la sal, por favor», «Me voy a la cama» o «El Middelfart ha ganado al Otterup por cuatro a tres».

Llevaba el pijama a rayas que le había hecho mamá y que ya no le valía. Las mangas y las perneras le quedaban

cortas y la chaqueta no le llegaba hasta el pantalón, que llevaba sujeto con un cordón de ganchillo pasado por una jareta. Por la bragueta enseñaba el rabo y parte de los huevos, blandos y oscuros, que asomaban por detrás. Era bajo y compacto, y tenía las manos pequeñas y delicadas y un rostro grande y hermoso de cejas negras como el carbón y boca ancha y sensible. Sus labios eran gruesos, rojizos y bien delineados, como recién dibujados con un lápiz invisible.

Yo me quedaba acostada mientras se vestía. También se calzaba y anudaba los cordones hasta dejarlos bien tirantes sobre el alto empeine. Jamás iba con calcetines ni con pantuflas caseras de trapos viejos, como nosotros; ni siquiera los domingos. Luego hacía su cama tan a conciencia que nadie hubiera dicho que había dormido alguien en ella. Lo había aprendido en el ejército. Y en el alféizar de la ventana había una foto suya de uniforme. Aparte de eso, todo lo que había en el cuarto eran las dos camas, una mesa y dos sillas donde dejar la ropa por las noches.

Estaba muy unido a nuestra madre y cuando se marchó a Randers para hacer el servicio militar acusó tener que separarse de ella por primera vez en su vida. Pero no había otra salida. Poco a poco se fue acostumbrando y empezó a hablar con entusiasmo de la vida en el cuartel y de la camaradería. Tenía la impresión de que, aunque ya hacía un año de su vuelta, lo echaba en falta. Recuerdo que el primer año, por su cumpleaños, mamá le mandó una tarta partida en tantos pedazos como soldados había en su barracón. Y en cada uno había escrito el número de

su destinatario con un glaseado blanco. La ocurrencia de mamá tuvo un éxito enorme y creo que aquella tarta fue muy importante para él. Cuando ya sólo le quedaban ciento cincuenta días, también le regaló su metro de costura para que le cortase un centímetro por jornada.

En realidad, lo que a él le habría gustado era entrar a trabajar en las cocheras del ferrocarril, pero no pasó el examen psicotécnico. Su capacidad de reacción era demasiado lenta. Fue una gran decepción para él. Pasó muchas tardes hablando con mamá hasta bien entrada la noche. Pretendía hacerse a la mar, pero ella lo disuadió. No lo encontraba lo bastante robusto y, además, le daba miedo que pudiera caerse por la borda y ahogarse. No soportaba la idea de no enterrar a los muertos en tierra consagrada, es decir, en un cementerio como es debido.

Tras unos meses en casa, a la vuelta del servicio militar, empezó a trabajar de camionero para un transportista que tenía unas graveras a las afueras del pueblo. Repartía la grava por diversos tejares de toda la isla de Fionia y parte del sur de Jutlandia, un trabajo en solitario que le iba como anillo al dedo. Engrasaba, cuidaba y mimaba su camión como a una criatura, llegando casi a sentirlo propio. Y siempre hablaba de él con cariño y ternura.

Casi no abría la boca al hablar, sin duda porque tenía un incisivo de color azul a consecuencia de una pelea en la fonda un sábado por la noche de muchos años atrás. Tal vez aquel diente también tuviera la culpa de que jamás sonriese. Era muy vanidoso y se negaba, por ejemplo, a ponerse los jerséis que le tejía mamá si no le convencían

el dibujo o los colores. Todas las mañanas se miraba al espejito agrietado que colgaba encima de la cómoda y se embadurnaba el pelo, fuerte, negro y recio, de Brylcreem, que guardaba en el primer cajón del mueble, bajo su ropa interior. Tenía que librar una batalla larga y paciente para alisarlo bien y peinarlo hacia atrás, por eso se levantaba un cuarto de hora antes de lo necesario.

Yo no salía de la cama hasta que lo veía bajar a la cocina, y eso sin que hubiésemos intercambiado una sola palabra. Ni siquiera un «buenos días» o un «adiós». Me tomaba mi tiempo. Él se iba a trabajar mucho antes de que yo entrase en la escuela. Casi siempre dormía en bragas y camiseta para no gastar mi único camisón, que era blanco y de franela. Si esperaba a que él se fuera para levantarme era también porque ya estaba en esa edad en que empezaba a ser tímida. Los pechos comenzaban a abultárseme un poco. Y la tripa me dolía de un modo extraño. Aunque no hablaba con mi madre de aquellas cosas, sabía lo que significaban. En general, lo sabía todo acerca de los hombres y las mujeres y lo que ocurría entre ellos sin necesidad de haber tocado jamás el tema con ningún adulto.

Mi ideal era llegar a ser tan callada como mi hermano mayor. Y era muy difícil de cumplir. Practicaba el arte del silencio los domingos —en la escuela era imposible— y me daba puñetazos en el costado cuando lo olvidaba y se me escapaba algo. De todas formas no se puede decir que fuéramos una familia de muchas palabras, exceptuando a mi madre, a la que mi padre y mis hermanos se encargaban de hacer callar cuando les parecía que ya había

hablado más de la cuenta. De modo que mis ejercicios dominicales en realidad no eran más que una especie de ritualización de un silencio que ya existía de antemano.

No era ése el único aspecto en que aspiraba a parecerme a mi hermano. Lo adopté, por decirlo de algún modo, todo de él. Su manera de comer pulcra y elegante, al contrario que el resto de la familia. Su color favorito, el verde, «el color de la esperanza», como él decía. En cambio, sentía un odio inexplicable hacia el amarillo, «el color de la falsedad». Su juego favorito, el parchís, también era el mío. Y su amor por los pájaros y su odio hacia los gatos, porque una vez uno se comió su canario, también los hice míos.

En realidad, era muy tierno. Y esa ternura suya, que tan fácilmente rayaba en el sentimentalismo, rara vez afloraba hasta su exterior correcto y reservado, casi militante. Sin embargo, en Nochebuena, cuando nos reuníamos en torno al árbol, las lágrimas le resbalaban por las mejillas y tenía que salir hasta que todo acababa y apagábamos las luces. Empeoró tanto con los años que al final terminó por no venir en Navidad.

También era un sentimental con los animales. Creo que los quería más que a las personas. Durante una época le cobró mucho cariño a un perro callejero, un chucho de pelo blanco y liso con unas patas enanas que parecía una cómoda. Hablaba mucho con él y empezó a adiestrarlo para que acudiera cuando lo llamaba, se tumbara siguiendo sus órdenes, recogiera palitos y se abalanzara sobre la gente que no le gustaba a mi hermano. Logró, a fuerza de una terquedad y una paciencia infinitas, hacerlo

totalmente dependiente de él. Lo seguía a todas partes, y cuando se iba a trabajar se quedaba acurrucado gimiendo en un rincón. Y el día que mi hermano se marchó de casa definitivamente hubo que sacrificar al pobre animal porque la pena no le dejaba comer ni beber.

La relación de mi hermano conmigo tenía dos caras. Envidiaba que siguiera siendo una niña. No le gustaba ser un adulto, nunca había deseado serlo. Además, estaba convencido de que a mí, por ser la menor de los cuatro —y niña—, nuestros padres me mimaban y me querían más que a él, no había vuelta de hoja. Al mismo tiempo, me tenía un cariño inmenso, pero sólo lo demostraba de forma indirecta a través de regalos caros que estaban completamente fuera de mi alcance. Me trajo, por ejemplo, unos patines por mi cumpleaños y una chaqueta de dubetina por Navidad. Yo despertaba su instinto de protección. Sentía debilidad por todo lo pequeño. Y las palabras «hermanita» y «pajarillo» tenían un valor muy especial para él.

A medida que fui creciendo disminuyó su interés por mí, pero no sus sentimientos, aunque mis puntos de vista y mis opiniones, sobre todo en materia de política, le repugnaban y sumían en el caos su vida ordenada y restrictiva, semejante por fuera y por dentro a un campo de concentración del que él era comandante y víctima al mismo tiempo. Durante una temporada no pudimos permanecer en la misma habitación sin correr el riesgo de enzarzarnos en una pelea. Era él o yo. Tal vez le recordara ese yo más infantil y rebelde que le habían arrancado con mano dura. Pero, ante todo, le recordaba que desde que

nací y le dejaron sostenerme por vez primera entre sus brazos había deseado ser yo. Al menos eso es lo que le contó a mamá un día que lloró durante horas, incapaz de explicar qué le pasaba.

No sé gran cosa acerca de lo ocurrido antes de mi nacimiento ni qué pudo provocar su traumática relación conmigo porque, como ya he dicho, éramos una familia donde casi todo, hasta lo más trivial e insignificante, se guardaba en secreto. Lo que sí sé es que le pegaban mucho —demasiado, me confió un día mamá en un momento de descuido— y que un día mi padre le partió el palo de una escoba en la espalda sin que él, para indignación de mi padre, derramara ni una lágrima; y no contento con eso, además se rió en su cara y salió corriendo con los pantalones por los tobillos y la espalda hecha jirones, y no volvió hasta la noche, con la cena ya en la mesa. Entonces se sentó en su sitio con mucha calma y empezó a servirse sin esperar a que diesen la señal. Aquello fue demasiado para mi padre. Los sacó a rastras a él y al mayor de mis hermanos, que siempre era un dechado de virtudes y un «quitamotas», como decía mi madre, pero que no había sido capaz de reprimir una risita asustada ante el fabuloso descaro y la valentía de su hermano. Encerró a los dos niños en un comedor pequeño y sin caldear que tenía la familia por aquel entonces. Corría el mes de febrero y estábamos a diez grados bajo cero. Los sentó a los dos, que eran más o menos igual de altos, en el suelo, cada uno de espaldas a una pata de la mesa para que no se miraran. Y allí los dejó congelarse toda la noche.

Pero, volviendo a aquellas mañanas en que amanecía en la cama de mi hermano, él ya se había marchado cuando yo bajaba a la cocina a preparar la comida que me llevaba a la escuela: dos rebanadas de pan con manteca, una con salchichón y otra con miel. Y una vez que había guardado la comida en la cartera, me servía la avena y la leche desnatada en el plato y me disponía a comer, sentía tal desamparo que no podía probar bocado y lo tiraba todo al cubo de la basura. Esa misma sensación intensa, casi física, de desamparo me embarga a veces aún hoy después de servir comida en un plato, sobre todo cuando es algo que se come con cuchara.

Imagino que mi nostalgia de mi hermano no era más que nostalgia de «el otro», del ser amado, de un compañero que tener al lado en el ancho mundo. Sin embargo, su nostalgia de mí era la nostalgia de la niñez, del paraíso perdido, y del «regreso al seno materno», una nostalgia narcisista de sí mismo. Nuestros anhelos, por tanto, eran irreconciliables. A pesar de todo, me sentía muy unida a él y sufrí tanto o más que su perrillo cuando se marchó de casa.

La mayor preocupación de mamá era que ni se relacionaba con chicas ni parecía especialmente interesado en ellas. Encontraba inadecuado que, a sus más de veinte años y habiendo sido soldado, continuara pegado a sus faldas. Hasta donde ella sabía, jamás había tenido novia. «Le asustan las mujeres», decía molesta, como si fuese una ofensa personal contra ella. A mí no me importaba demasiado que no estuviese comprometido, aunque siempre

había deseado tener una hermana. Además, no lograba imaginar qué chica podría encajar con alguien que vivía en un mundo propio y tan ordenado que podríamos haber ajustado la hora del reloj de la cocina conforme a sus movimientos. Y si alguien le estorbaba o le impedía hacer lo que se había propuesto —por ejemplo, cepillarse los zapatos hasta dejarlos relucientes como hacía por las noches antes de irse a la cama desde que había vuelto del cuartel—, si mamá, por costumbre, se le adelantaba, se ponía hecho un auténtico energúmeno.

Iba al baile a la fonda o a la casa de reuniones como todo hijo de vecino. No bailaba. Iba sólo a beber, pero nunca se emborrachaba del todo. Y en casa, a diario, no tomaba más que leche o agua. A veces se quedaba en la puerta del salón de baile de la fonda con la cinta que indicaba que había pagado la entrada prendida de la solapa, y acechaba desde allí las evoluciones de las parejas por la pista hasta que el taquillero le pedía que entrase o que se marchara. Entonces volvía al bar y se sentaba con su cerveza. Cuando alguien se sentaba a su mesa a charlar con él, le invitaba. Podían pedir lo que quisieran. Era cualquier cosa menos tacaño. Gastar dinero en los demás era uno de los escasos placeres que se permitía.

Por lo general, volvía a casa antes de que terminase el baile, hacia la una o las dos. Yo solía esperarle despierta. «¿Por qué no estás durmiendo, Jonnita?», me preguntaba. Yo no le contestaba y él empezaba a cambiarse. Me encantaba contemplar cómo se desvestía y ver cómo su ropa poco a poco iba formando un montoncito ordenado sobre

la silla. Los pantalones abajo y los calcetines en lo más alto. La chaqueta la colgaba de una percha en el clavo de encima de la ventana. No teníamos cortinas, ni siquiera una persiana enrollable. Y yo a veces me despertaba y, al ver la chaqueta en la ventana, creía por un momento que se trataba de un hombre intentando entrar en casa y saltaba como un rayo de la cama y me metía en la de mi hermano. Era como si hubiese estado esperándome porque, hasta en sueños, me dejaba sitio de manera automática.

A veces, después de acostarse y apagar la luz, me hablaba de alguna chica que le había llamado la atención en la fonda. De un vestido determinado o una sonrisa que le hacían pensar que era fina. «Fina» era lo máximo que se le ocurría. Siempre era alguna de las que comían pavo, de las calientabancos que se quedaban en los asientos de madera que flanqueaban las paredes fingiendo disfrutar de la música y darse por satisfechas con ver bailar a los demás. Siempre se fijaba en alguna de ellas. Me la describía de una forma tan vívida y con tantos detalles que me parecía estar viéndola y tenía la sensación de que era la mujer perfecta para él. Ardía en deseos de preguntarle por qué no la había sacado a bailar en lugar de dejarla en el banco, llorando por dentro. Pero sabía que si interrumpía aquel monólogo lento y disperso, se cerraría como una ostra y se pondría a dormir. De modo que me contenía y me limitaba a escuchar. Cuando se hartaba de oírse, hacía una pausa —a veces en mitad de una frase— y luego añadía: «A dormir, que estás cansada». Que más bien quería decir: «Estoy cansado, me duermo», porque yo, mientras